



CONVERSACION LV

CONTINÚA LA ANTECEDENTE SOBRE EL RESPETO EN LAS IGLESIAS.

Modesta. Ahora que ya has descansado un poco, ¿tendrás á bien que volvamos á tomar el hilo de nuestra conversación?

Luminosa. Hablad que pronta estoy á responderos.

Neomisa. Una vez que nos has propuesto á los ángeles y á los santos por modelos de la conducta que hemos de observar en las Iglesias; enseñáanos si quieres, que es lo que estos hacen allí.

Luminosa. Honrar á Dios por su pureza, por sus acciones den gracias, y por sus alabanzas

Modesta. En cuatro palabras lo has dicho todo.

Luminosa. Lo hago así, para que lo retengáis mejor.

Neomisa. Verosimilmente eso será lo que tú quieres que hagamos nosotras en la iglesia

Luminosa. Sí; en aquello que alcanzare vuestra capacidad.

Modesta. Con que ¿es necesario ser puros para entrar en las Iglesias?

Luminosa. Sí; ó realmente, ó con el deseo, á lo menos.

Neomisa. Explicanos, si gustas, que entiendes por *realmente ó con el deseo*.

Luminosa. Lo que yo entiendo es, que no tengáis ningún pecado de aquellos que nos hacen enemigos de Dios; ó que en caso de tenerle, forméis un verdadero dolor de él y un firme propósito de enmendaros.

Modesta. Obra grande es la que en eso nos propones.

Luminosa. Con todo no menos pureza que esta se necesita, para ser dignas de entrar en la Iglesia, y para merecer que nuestro Dios nos oiga.

Neomisa. Pero el publicano, sin embargo que estaba lleno de culpas, no por eso dejó de entrar en el Templo. (1)

Luminosa. Entrad enhorabuena vosotras como él; yo os lo permito: él se quedó á la puerta y á los piés del Templo, contemplándose indigno de pasar adelante; no levantaba los ojos al cielo, sabiendo que sus culpas le tenían cerrado para él; se daba golpes de pecho en señal de contrición, y para denotar los sinceros deseos que tenía de verse puro y limpio de sus pecados.

1 Luc. 18. 10. Seqq.

Modesta. ¿Con qué sin esta disposición no se puede entrar en la Iglesia, ni asistir al Santo Sacrificio de la Misa?

Luminosa ya os dije antes, y lo repito ahora, que esto sería esponerse á ser arrojadas de Dios invisiblemente.

Neomisa. Mas por la virtud y gracia de este Santo Sacrificio se obtiene la de la conversión.

Luminosa. Dices muy bien, cuando se asiste á él con unas disposiciones, como las del Publicano.

Modesta. Quien asista á él de otro modo, ¿no conseguirá la gracia de la conversión?

Luminosa. Nó; porque asiste á él á manera de aquellos que derramaron la sangre de Jesucristo sobre el Calvario; ó á lo menos, como aquellos que consintieron en que esta misma sangre fuese derramada, y no para aprovecharse ni epicarse el mérito de ella.

Neomisa. Esto que acabas de decir, nos hace temblar.

Luminosa. Bien hacéis en temblar; mas no os quedéis solo en eso.

Modesta. Pues ¿qué otra cosa tienes que pedirnos?

Luminosa. Que trabajéis seriamente para adquirir y tener la pureza necesaria.

Neomisa. Ya comprendemos muy bien esto: pero ¿qué entiendes tu por adoraciones?

Luminosa. Todo aquello que se practica en la Iglesia para denotar, que reconocemos á Dios por nuestro Soberano, y á Jesucristo por Dios y Salvador nuestro.

Modesta. ¿De qué modo manifiestan los ángeles y los santos sus adoraciones en el cielo?

Luminosa. Postrándose delante de Dios; cubriendo sus rostros en presencia de tan gran magestad; y rindiendo sus coronas á los piés de su excelso trono (1).

Neomisa. ¿Y qué? ¿Todo esto es necesario hacer en nuestras Iglesias, para imitar á aquellos?

Luminosa. Sí; es menester, que estemos siempre postradas, á lo menos de corazón y de espíritu; es necesario cubrirnos el semblante en presencia de la grandeza de Dios; es menester abatir á sus piés todo aquello que nos distingue en el mundo, para tributarle el debido vasallage.

Modesta. Y ¿por qué razón se ha de estar siempre postradas?

Luminosa. Para significar el convencimiento en que vivimos, de nuestra nada y de nuestra vajeza, á los ojos de la mejestad suprema de nuestro Dios.

Neomisa. ¿Qué diremos pues, y que se podrá pensar de aquellas personas, que apenas se ponen nunca de rodillas?

Luminosa. Que se han olvidado de su nada y de su bajeza; y que vienen á insultar atrevidamente á las humillaciones de su Salvador y su Dios.

Modesta. Y ¿por qué es menester cubrirse el rostro?

Luminosa. Para dar á enter, que no se puede sufrir el golpe y resplandor de su grandeza.

1 Apocal. 4. 10.

Neomisa. ¿Con qué será muy mal hecho el presentarse en las Iglesias con adornos sobresalientes, y magníficos vestidos, mayormente si estos fueren inmodestos?

Luminosa. Eso es olvidar de una vez, cuán pequeño es el hombre, y cuán grande es Dios: es perder de vista la nada de donde salió, y el polvo en que se ha de convertir: en una palabra; es querer parecer algo, no siendo nada.

Modesta. ¿Por qué se ha de arrojar á los piés del Trono de Dios cualquiera señal de distinción?

Luminosa. Para indicar con esto, que solo Dios es grande y poderoso.

Neomisa. ¿Por qué mas?

Luminosa. Para denotar, que toda grandeza viene de él y solamente subsiste por él,

Modesta. Aquellos, pues, que sin mas fundamento que su ambición, disputan el lugar y la precedencia de asiento en las Igesias, ¿estarán muy distantes de estos sentimientos cristianos?

Luminosa. Como que eso es borrar en su alma toda religión; y no guiarse mas que por el Espíritu del mundo.

Neomisa. Con un poco que se tuviese de verdadera humildad, se atajarían todas esas contiendas, que solo sirven de dar muy mal ejemplo en el lugar santo.

Luminosa. Tú lo has dicho, y bien: pero ¡qué rara es esta virtud, particularmente entre las gentes del siglo!

Modesta. Estamos ya perfectamente instruidas por lo que mira á las adoraciones; pasemos ahora á las acciones de gracias; y dinos ¿de qué? ó por qué los Angeles y los Santos dan gracias á Dios en el Cielo?

Luminosa. De su eterna felicidad, y de todo lo que á ella les ha encaminado.

Neomisa. ¿Luego los Santos no dan gracias á Dios solamente por los bienes que recibieron en este mundo?

Luminosa. También se las dan por todas las cruces, con que les afligió; y los Mártires se las dan en particular, por todos los suplicios que padecieron.

Modesta. ¿Pretendes que les imitemos también en este punto, cuando estamos en la Iglesia?

Luminosa. En pretenderlo así, juzgo que no pretendería cosa, que no fuese racional y justa.

Neomisa. Por lo que toca á los bienes, eso pase; mas en cuanto á los males, esto á la verdad, nos detiene un poco. ¿Por ventura los males pueden ser asunto de acción de gracias?

Luminosa. Sí; porque Dios no nos lo envia, sino con el designio de que sirvan para llevarnos al cielo.

Modesta. Es verdad, que si los cristianos se condujesen de esta manera, estarían muy lejos de quererse murmurar en medio de sus trabajos.

Luminosa. Como se condujeran por las luces de la Fé, no solo no se quejarían ni murmurarían en sus

contratiempos, sino que darían continuamente gracias á Dios.

Neomisa. No es posible negarse á la evidencia de tus razones: pasemos á la cuarta ocupación de los ángeles y los santos, que son las alabanzas; y dinos ¿Cómo alaban á Dios.

Luminosa. Diciendo sin cesar y sin intermisión: "Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios omnipotente, que era, que es y que será siempre,, (1)

Modesta. ¿Y no tributan alabanzas mas que á Dios?

Luminosa. También alaban al Salvador diciendo: "El Cordero que fué degollado, es digno de recibir el poder, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la bendición" [2]

Neomisa. ¿Nó se cansan nunca en este ejercicio de alabanzas?

Luminosa. Aunque no cesan ni tienen reposo, no se cansan, no; porque la complacencia que hallan en esto, les parece siempre nueva.

Modesta. ¿Y es esto lo que nosotras necesitamos hacer en la Iglesia, para acabar de imitar á los ángeles y á los santos en el cielo.

Luminosa. Sí; es necesario ocuparse en alabanzas del Criador y del Redentor.

1. Apocal. 4. v. 8. Véase la Conversación LXXVIII. Tom. III.

2. Ibid. v. 11.

Neomisa. ¿Cómo hemos de alabarlos?

Luminosa. Con gozo y complacencia; y es necesario dejar todo lo demás por una amable obligacion.

Modesta. ¿Y si los negocios y ocupaciones nos esparan de esto?

Luminosa. Ningún negocio, por mas importante que sea, tiene comparación con este.

Neomisa. Pero ¿y si estos negocios son indispensables, como á veces sucede?

Luminosa. Entónces es necesario dolerse de verse privadas de un consuelo tan grande; estar con el espíritu en las Asambleas de los Fieles, y reparar esta pérdida con oraciones hechas á sus solas.

Modesta. ¿Con que no permitirías tú, que se prefiriesen á esto las concurrencias á los placeres y diversiones?

Luminosa. No por cierto; pues para nosotras no debe haber en este mundo ningun deleite ni diversion tan agradable como esta.

Neomisa. Todo esto nos parece admirable; solamente que nada dices en cuanto á orar.

Luminosa. Ser puras, adorar, dar gracias, y alabar, ¿no son excelentes oraciones?

Modesta. Es que nosotras quisiéramos, ademas de esto, algunas oraciones particulares.

Luminosa. Yo os contentaré en esta parte, cuando os hable de la *Misa*.

Neomisa. Un gran gusto nos darás en eso; pero no tardes mucho por tu vida.



CONVERSACION LVI

• SOBRE LA MISA.

Alfonsa. Tu misma nos empeñaste tu palabra acerca de la Misa, y de lo que es necesario hacer para oirla digna y fructuosamente.

Querubina. Verdad es; y no me he olvidado de ello.

Dulcísima. Eso mismo aguardaremos con el mayor anhelo.

Querubina. Justo es el satisfaceros.

Alfonsa. Para luego es tarde.

Querubina. En desempeño, pues, de mi palabra, no necesito mas haceros presente qué cosa es la *Misa*; que de lo que tiene relación con ella; y que es lo que en ella se hace.

Dulcísima. Lo dicho es muy bastante para satisfaceros.

Querubina. Os diré ante todas, cosas que el Sacrificio de la Misa y el de la Cruz, no son dos sacrificios distintos, sino uno mismo; puesto que es una misma la Hostia y uno mismo el sacrificador.

Alfonsa. Sin embargo, nosotras advertimos una gran diferencia.

Querubina. Cierto es que la hay; pero es solamente en cuanto al modo: porque Jesucristo se ofreció él mismo en la cruz de una manera sangrienta; y en el altar se ofrece por el ministerio de los sacerdotes de un modo incruento ó no sangriento.

Dulcísima. Eso ya lo comprendemos; pero ¿no hay otra diferencia?

Querubina. Aún hay otra; y es, que Jesucristo, con haberse ofrecido una sola vez en la cruz, nos mereció todas las gracias de la santificación; y ofreciéndose todos los días en el altar, nos aplica estas mismas gracias.

Alfonsa. Y ¿estas gracias se aplican igualmente á todos?

Querubina. No á todos igualmente; sino según las disposiciones de cada uno.

Dulcísima. ¿Con qué será muy importante el llegar á oír Misa bien preparadas.

Querubina. Sí; lo es mucho.

Alfonsa. ¿Y qué disposiciones se requieren?

Querubina. La principal es estar en gracia de Dios, ó á lo menos, tener un sincero deseo de estarlo.

Dulcísima. Y ¿cuándo se tiene este sincero deseo?

Querubina. Cuando se tiene un verdadero dolor de los pecados; una sincera resolución de dejarlos todos; y una voluntad positiva y firme de confesarse cuanto antes.

Alfonsa. Aún estamos ansiosas de saber una cosa; y es, si el sacrificio de la Misa aprovecha tanto á los ausentes como á los presentes.

Querubina. No dudéis, que aproveche mas á unos que á otros; observada en todos la debida igualdad y proporción.

Dulcísima. Y ¿á quiénes aprovecha mas?

Querubina. A los que estan presentes.

Alfonsa. Siendo eso así, precisamente será una práctica muy santa el oír Misa todos los días.

Querubina. Sí; es una de las mas santas, y al propio tiempo de las mas provechosas.

Dulcísima. Y ¿por qué de las mas provechosas? Dí.

Querubina. Porque asistiendo á ella como se debe, se alcanzan siempre muchas gracias.

Alfonsa. Con eso que te oímos decir, ya estamos en no faltar dia ninguno á Misa.

Querubina. Esa es ciertamente una resolución, que edifica mucho; y así cuando no podáis asistir á ella con una presencia corporal, estad allí á lo menos con el espíritu, para no perder los muchos bienes que este Santo Sacrificio acarrea.

Dulcísima. Enséñanos ahora, qué es necesario hacer para sacar provecho de él.

Querubina. Al ir á Misa os habéis de figurar, que

vais entre aquella cuadrilla de piadosas mujeres de Jerusalem que iban en seguimiento de Jesucristo cuando se encaminaba hacia el calvario (1) con la cruz á cuestas y juntad vuestras lágrimas á las de aquellas.

Alfonsa. Pues ¿qué? ¿se ha de llorar por Jesucristo?

Querubina. Principalmente hemos de llorar por nosotras; puesto que nuestros pecados fueron causa de su muerte.

Dulcísima. Ciertamente que son muy á propósito estos pensamientos, para ir con todo recogimiento por el camino.

Querubina. Sabed, que todas las distracciones que solemos padecer mientras estamos oyendo Misa, regularmente no nacen de otra cosa, que de la falta de recogimiento que tuvimos al ir á la Iglesia.

Alfonsa. No podemos menos de palpar la verdad de lo que dices.

Querubina. Pues una vez que la palpáis aprovechaos de ella, por vuestra vida: y veréis, como es mucho mayor vuestro recogimiento cuando estéis en Misa.

Dulcísima. ¿Qué se debe hacer al entrar en la Iglesia?

Querubina. Es necesario tomar agua bendita con espíritu de fé y de compunción.

Alfonsa. ¿Por qué con espíritu de fé?

Querubina. Para que nos acordemos de la virtud de

1. Luc. 23. á v. 27 seqq.

esta agua en el Bautismo (1), y la miraremos como una agua santificada por las oraciones de la Iglesia.

Dulcísima. Y ¿por qué con espíritu de compunción?

Querubina. Para merecer por el uso santo de esta agua santificada, la remisión de nuestras culpas veniales cotidianas.

Alfonsa. ¿Cómo se debe considerar la Iglesia cuando se entra en ella?

Querubina. Se la debe mirar como el palacio donde Dios reside día y noche, rodeado de ángeles; y dejarse apoderar de aquél pavor religioso que inspira un lugar tan santo (2), y una majestad tan grande.

Dulcísima. Habiendo entrado ya en la Iglesia; ¿qué acción es la primera que se ha de hacer?

Querubina. Adorar á Dios con un santo temblor.

Alfonsa. Y ¿qué se ha de hacer después?

Querubina. Dirigir y formar la intención

Dulcísima. ¿Qué intención se debe llevar, oyendo la santa Misa.

Querubina. Primeramente la de honrar á Dios, por medio de Jesucristo: lo segundo, de alcanzar el perdón de nuestros pecados: lo tercero, de pedir al Señor todas las gracias y mercedes que necesitamos: lo cuarto, de dárselas por todas las que ya hemos recibido. Es-

1. Véase la Conversación LI. en este Tom. II.

2. Levit. 26. 2.

tos son los cuatro fines que tiene el santo sacrificio, y los que siempre debemos proponernos,

Alfonsa. ¿Con qué en esto podemos muy bien estar pensando, ínterin se empieza la Misa?

Querubina. Eso es lo que yo os aconsejo que hagáis, para que no os enfaléis de estar aguardando á que salga la Misa, como sucede algunas veces.

Dulcísima. Así procuraremos hacerlo de hoy mas.

Querubina. También podéis estar pensando en el Vervo Eterno, vistiéndose de nuestra humanidad y tomando carne en el puro seno de María Santísima, mientras que el sacerdote se reviste en la sacristía; y considerar el amor excesivo de este buen Dios para con los hombres, que le redujo á tan profundo abatimiento.

Alfonsa. Con tales reflexiones no hay miedo, que nos cansemos, aun cuando tuviesemos que esperar bastante.

Querubina. Yo celebro mucho el heber hallado el medio de ayudaros á esto.

Dulcísima. Vamos ahora, si gustas, á lo que concierne y tiene relación con la Misa.

Querubina. Lo haré con toda voluntad; pero dadme siquiera algún rato para pensar un poco sobre ello; y entretanto, reflexionad bien lo que acabo de deciros.

Alfonsa. Eso vamos á hacer.